
EL HORNERO

REVISTA DE ORNITOLOGÍA NEOTROPICAL



Establecida en 1917
ISSN 0073-3407

Publicada por Aves Argentinas/Asociación Ornitológica del Plata
Buenos Aires, Argentina

Nidos y pichones de Tero

Belonopterus chilensis

Pozzi, A.

1934

Cita: Pozzi, A. (1934) Nidos y pichones de Tero *Belonopterus chilensis* .
Hornero 005 (03) : 404-407

www.digital.bl.fcen.uba.ar

Puesto en línea por la Biblioteca Digital de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales
Universidad de Buenos Aires

Como se ve por la fotografía adjunta, y la publicada por el señor Tremoleras, dos especies de pájaros de distintas familias han aprovechado para construir sus nidos el «camuatí» de la misma especie de avispa.

Este nido ha sido obsequiado al Museo Argentino de C. Naturales.

Debo hacer notar que a este tiránido lo he encontrado con pichones en los montes de Conhello (Pampa), a fines de diciembre de 1933, habiendo hecho nido en un agujero en tronco de «Caldén», y en el Delta frente a San Fernando, aprovechó para anidar el interior de un nido de hornero. Por lo que se ve esta ave prefiere para anidar esas cavidades donde puede ocultarlo mejor.

NIDOS Y PICHONES DE TERO BELONOPTERUS CHILENSIS

Por ANTONIO POZZI

Dice el refrán: « Como el tero que en un lado pega el grito y en otro tiene los güevos ». Algún paisano ladino debe haber sido el autor de esta frase criolla, a quien séame permitido rendir aquí, el modesto homenaje de mi admiración por considerarlo hombre listo y avisado como los mismos teros.

Hacia mucho tiempo que la gente de campo me había asegurado que los huevos de tero eran los más *finos* para comer basándose para ello en el hecho de que una vez cocidos, pasados por agua, la clara al endurecerse, ofrece un aspecto gelatinoso bastante transparente.

En una de las excursiones que tuve oportunidad de realizar en la zona comprendida entre Coronel Vidal y Balcarce (F. C. S.) y especialmente en la estancia « La Balbina » de los señores San Martín que, dicho sea de paso, me dispensaron invariablemente una muy amable y generosa hospitalidad que de veras agradezco, mi buen amigo y consocio nuestro, Don Baldomero San Martín, me preguntó si quería comer huevos de tero y como la respuesta afirmativa no se hiciera esperar, montamos a caballo para recorrer el campo en busca de nidos, de los cuales me aseguró de antemano, hallaríamos bastantes por ser precisamente la estación más adecuada (mediados del mes de Agosto).

No dejó de llamarme la atención el hecho de que mi excelente compañero mirara siempre lejos, tendiendo la vista por el campo de tal forma, que sabiendo yo que lo que buscábamos era difícil de encontrar en el suelo, ya no dudé que debía ser cosa muy distinta lo que por el momento le intere-

saba. De pronto y con una seguridad que me dejó pasmado exclamó: Allí está el nido.



Familia de teros con varios pichones (que señalan las flechas), disimulados en el pasto al grito de alarma de la madre. (Reconstrucción del natural por el autor en los talleres del Museo).

Puestos al galope los caballos, poco tardamos en recorrer un centenar de metros o poco más y echando pie a tierra, ratificó de inmediato el hallazgo diciéndome: por aquí está el nido ¿no lo ve? Si alguien anduvo buscando cosas que están tiradas por el suelo y algunas veces medio enterradas en cualquier parte, casi me animaría a reclamar algo para mí. Sin embargo en el caso de que me ocupó, no diré que anduve con los ojos en la mano, pero fueron bastantes las vueltitas dadas antes de poder constatar afirmativamente la pregunta. Me explicó entonces mi compañero lo relativamente fácil, para él, de estos hallazgos pues el asunto se reducía simplemente a fijarse bien en el sitio donde se levanta la hembra como impulsada por un resorte desde el nido.

Estas aves no eligen los lugares donde el pasto es más alto ni siquiera más tupido; la hembra deposita generalmente cuatro huevos de color verde-gris con pequeñas manchas negras muy irregulares. La forma de estos huevos se asemeja a la de una pera, siendo indicio seguro de estar empollados el encontrarlos con las puntas hacia el centro de la depresión apenas redondeada y ligeramente tapizada con algunas hebras de pasto

seco. Se entiende que un nido en estas condiciones tiene para quien lo cuida la ventaja de percibir a largas distancias cualquier movimiento en el campo, debiéndose principalmente a esta circunstancia que la hembra contando con la eficaz vigilancia de tan celoso guardián como es el macho, al menor indicio de peligro se levanta verticalmente un par de metros al primer impulso, volando a esa altura del suelo muy calladita ya sea en la dirección que sigue un jinete si fué éste el causante, ya desviándose para salirle al encuentro después ya unida al macho, con el cual arma gran alboroto de gritos evolucionando en el aire en distintas direcciones menos hacia donde está el nido, aún tratándose del caso en que una persona fuera directamente al sitio donde éste se encuentra.

Deben estar muy seguros estos animalitos de la dificultad que representa ubicar al primer golpe de vista, lo que por su forma y color se confunde tan fácilmente con los tonos generales de la tierra y la vegetación.

De acuerdo con algunas observaciones recogidas en distintas localidades de la provincia de Buenos Aires, los teros proceden de muy distinta manera cuando tienen pichones. Entonces es cuando parecen muy mansitos afectando un aire de indiferencia que les sienta a las mil maravillas, haciendo ver que nada temen, seguros de que, lo que a ellos interesa está a tan buen recaudo que bien pudiera interpretarse como un desafío para probarle la vista a cualquier Argos pampeano.

Creo difícil que de las aves de nuestro país haya otra que goce del privilegio de esconder tan bien la cría en cualquier parte del suelo, aún siendo aparentemente liso y nada se diga cuando son favorecidos por anfractuosidades del terreno, huellas de animales yeguarizos o vacunos, profundamente impresas en tierras blandadas por la lluvia, pantanos que se han secado donde generalmente existen grietas, etc., etc. No puedo asegurar a qué pueda atribuirse el hecho de no encontrar siquiera rastros de las cáscaras de huevo en los sitios donde hay pichones recién nacidos o que apenas caminan, lo que permite suponer con algún fundamento, que siendo tan blanca y por lo tanto tan visible la parte interna de las mismas, tendrán buen cuidado en hacer desaparecer inmediatamente un rastro tan inconfundible para delatar la presencia de la corta pero bien disimulada familia. ¿Cómo practicarán esta operación? ¿Se comerán los padres, las cáscaras? Puede esto aceptarse en mérito a la forma en que algunas otras aves proceden. Pero es el caso que una que otra vez se han hallado de estas cáscaras muy dispersas por el campo, pareciéndome por lo tanto admisible la hipótesis de que el macho las traslade en el pico lo más lejos posible con más facilidad que los pichones, como lo hacen las patos que anidan en árboles, en los nidos de cotorra.

Con el respeto y la consideración que me merecen las personas que se han ocupado de estas cosas, agregaré aquí una observación para la cual

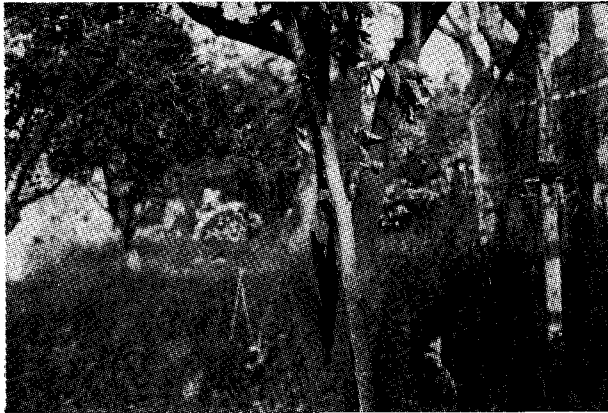
no pretendo prioridad ni mucho menos, perfectamente convencido de que lo que hayamos visto alguna vez, será lo mismo que muchos otros ya habían visto. Cuando la primitiva coloración del plumón de los pichones desaparece, coincidente con el desarrollo y la experiencia de procurarse solos el alimento que necesitan, puede notarse en la parte posterior de la cabeza de estas aves, una cara mimética bastante bien dibujada de acuerdo a los siguientes trazos: El pico representado por el incipiente copete y los ojos por las dos manchitas negras una a cada lado, en la misma línea donde se dividen las plumas que dan a la cabeza de estos pájaros una forma tan característica.

Queden para el lector, las deducciones que con las conclusiones a las cuales se podría llegar, están fuera de mi alcance y que por otra parte harían inútilmente, más pesada esta nota.

LA PROPAGACIÓN DE ÁRBOLES POR LAS AVES

POR DIEGO LEGRAND

El hecho que menciono en esta nota, aunque vulgar no por eso deja siempre de excitar la curiosidad del botánico y del zoólogo.



Tala nacido espontáneamente al pié de un naranjo, cerca de la pajarera.

Tengo en la quinta que posee mi padre en los alrededores de Montevideo dos grandes pajareras. Exteriormente tiene un árbol cada una de ellas orientado al Norte, del lado opuesto a los caminos del jardín y a la casa.